www.elboomeran.com

El Acantilado, 482

«TERRA INCOGNITA»

www.elboomeran.com

ALAIN CORBIN

«TERRA INCOGNITA»

UNA HISTORIA DE LA IGNORANCIA (SIGLOS XVIII-XIX)

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MARCO AURELIO GALMARINI

BARCELONA 2024 ACANTILADO

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *Terra incognita*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2020 by Éditions Albin Michel
© de la traducción, 2024 by Marco Aurelio Galmarini Rodríguez
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Vista de Kynsburg sobre el valle del río Weistritz en Silesia* (finales del siglo XVIII o principios del XIX), de Johann Heinrich Bleuler

ISBN: 978-84-19958-02-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 9560-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

www.elboomeran.com

CONTENIDO

La historia comprensiva supone la de las ignorancias 9

PRIMERA PARTE

EL POBRE CONOCIMIENTO DE
LA TIERRA EN EL SIGLO DE LAS LUCES

La catástrofe de Lisboa (1755) 19
La edad de la Tierra 32
La representación de la estructura interna de la Tierra 40
La ignorancia acerca de los polos 49
El irresoluble enigma de las fosas marinas 58
El descubrimiento de la montaña 65
Glaciares incomprensibles 74
La fascinación de los volcanes 78
Meteoros terroríficos 90
Los inicios de la conquista del aire 104
Balance de las ignorancias a finales del Siglo
de las Luces 107

SEGUNDA PARTE

EL LENTO RETROCESO
DE LAS IGNORANCIAS
(1800-1850)

La comprensión de los glaciares 115
Los balbuceos de la geología 119

www.elboomeran.com

Los volcanes y el enigma de las «nieblas secas» 126
Las fosas marinas y el miedo a lo desconocido 133
La lectura de las nubes y la escala de Beaufort 138
La persistente ignorancia sobre los polos 148
Balance de las ignorancias a principios de la década de 1860 153

TERCERA PARTE

LA TIERRA Y EL RETROCESO DE LA IGNORANCIA (1860-1900)

El inventario de las fosas marinas 157
Elaboración de una meteorología dinámica 164
Viaje aéreo, troposfera y estratosfera 171
El inventario de los volcanes y la lenta elaboración de la sismología 175
La medición del imperio del hielo 181
Hacia la solución de los enigmas de los cursos de agua: fluvialismo, hidrología, espeleología 185
La nueva lectura del espacio terrestre 195
¿Había un mar libre en el polo? 201
La lenta divulgación del conocimiento de la Tierra 211
La medición de la ignorancia en los albores del siglo XX 228

Agradecimientos 233

www.elboomeran.com

¡Ah! ¡Cuántos centenares de volúmenes—exclamó Michel—podrían escribirse con todo lo que no sabemos!

JULIO VERNE
Alrededor de la luna, 1870

www.elboomeran.com

LA HISTORIA COMPRENSIVA SUPONE LA DE LAS IGNORANCIAS

La detección de las carencias, así como el inventario y la naturaleza de las ignorancias, son imprescindibles para el historiador que tenga como objetivo la comprensión de los hombres del pasado; y lo mismo ocurre con las diferencias sociales del saber. Es imposible conocer a los seres humanos sin tener una idea clara de lo que ignoraban, ya fuera porque nadie lo sabía, ya porque no estaban en condiciones de saberlo. Este razonamiento se extiende a muchos campos. Piénsese, por ejemplo, en todo lo referente al cuerpo, esto es, el conocimiento de las enfermedades, de las terapias… Pero sería imposible hacer la historia de todas las ignorancias, dar a este ámbito un tratamiento global. Para identificar los contornos de lo que no se sabe es preciso escoger un campo y explorar en él sus carencias y sus defectos.

Aquí nos ocuparemos de la Tierra, de la desaparición o la persistencia de sus misterios, así como de la intensidad y el eventual debilitamiento del terror o la fascinación que provocaban. Todo esto lleva a interpretar la historia de las ciencias y de los descubrimientos confrontándolos con las ignorancias, así como con el imaginario y los sueños a los que tales ignorancias inducían.

A este respecto, a la hora de revisar los desfases sociales de la ignorancia es importante distinguir la diferente configuración de los misterios. En primer lugar, lo que sólo podía ser soñado porque era inexplorable, como las profundidades marinas o la configuración de los polos; en segundo lugar, lo observable pero inexplicable, como los terremotos, los volcanes y las nieblas secas; en tercer lugar, lo

www.elboomeran.com

que revelaban las prácticas de exploración, que lentamente hacían retroceder la ignorancia, como las que tenían por escenario la montaña o las *manchas blancas* del interior de ciertos continentes.

Para que se entienda bien lo que quiero decir, acudiré a Jean Baechler. Según Baechler, en un grupo pequeño de hombres de la prehistoria, ninguno de ellos ignoraba lo que los otros sabían. En el municipio en una zona de bosque de la Baja Normandía donde pasé la niñez y la adolescencia, la mayor parte de los campesinos que, al salir de misa, se encontraban en los cafés del pueblo no tenían ninguna dificultad para conversar, porque todos sabían más o menos lo mismo, ya se tratara de técnicas de ganadería, de determinadas habilidades artesanales o de cosas que habían aprendido en la escuela, ya—en el caso de los mayores—de experiencias de la guerra. Dejando de lado al cura, al médico, al maestro, al veterinario y al notario, las ignorancias eran compartidas; la aparición de un electricista o de un reparador de coches ampliaba algo el abanico de ignorancias, pero poco.

Cuando leemos a Balzac, Goethe, Dickens o Stendhal tenemos que hacer un esfuerzo de comprensión para imaginar cómo se representarían ellos la Tierra, que era misteriosa y mostraba a sus ojos formas tanto más terroríficas cuanto que incomprensibles, una Tierra cuyas representaciones estaban profundamente impregnadas de vestigios de cultura, por no hablar de quienes carecían de instrucción. Ya a partir del siglo XVIII comenzaron a ampliarse las diferencias de ignorancia entre aquellos a quienes se tenía por *sabios*[1]—no se trataba aún de *científicos*—y el co-

[1] En francés, *savant*. Este vocablo ('la persona que sabe', que tiene conocimientos) se distingue de *sage* ('la persona que posee sabiduría',

www.elboomeran.com

mún de la población de Occidente. Sin salir de este orden de ideas, esto nos lleva a preguntarnos por la historia de los desniveles del deseo de saber, o de lo que los filósofos, en referencia a Agustín, llamaban *libido sciendi*. En esto consiste la profundidad de *Bouvard y Pécuchet*, de Flaubert, que, irónicamente, desvela al mismo tiempo la profundidad de la ignorancia y la intensidad de un deseo de saber irrealizable que podía torturar a los empleados de mediados del siglo XIX.

Por tanto, la detección de las carencias, que es mi objetivo, implica al mismo tiempo el cuidadoso acecho de los descubrimientos y de su divulgación, es decir, del descenso a la sociedad de los hallazgos científicos relativos a la Tierra, ya se trate de geología, vulcanología, glaciología, meteorología o ciencias del mar; sin olvidar las representaciones de la forma de la Tierra, de la profundidad de su historia, de su geografía, de la progresiva desaparición de las *manchas blancas*, de los intentos de resolver el enigma de los polos. Sin duda, nos cuesta renunciar a las imágenes de nuestro planeta inscritas en nuestra mente. Ésta es, precisamente, la finalidad y el desafío de este libro.

Durante todo el período que aquí evocamos asistimos al triunfo, o al menos a la resistencia, del *localismo*, de la *limitación* del *horizonte de vida y de visión*, lo cual contradice nuestra percepción de la inmensidad del espacio. Esto se hace patente en la historia de nuestra percepción de los fenómenos meteorológicos, que cuentan con registros lo-

---

en el sentido filosófico de saber vivir, gestionar la vida), que en este libro nunca aparece. Como en castellano estos sentidos se funden en un solo término, *sabio*, he procurado, para evitar ambigüedades, usar sólo esporádicamente *sabio* por *savant* y sustituir la mayoría de las veces el término por expresiones equivalentes, por ejemplo, *eruditos*, *doctos*, *elites cultas*, etcétera. (*N. del T.*).

www.elboomeran.com

cales a partir del siglo XVI y poco a poco se han ido ampliando hasta el descubrimiento, a mediados del siglo XX, de las corrientes en chorro.

A lo largo de este trabajo dedicado a la evolución de las diferencias sociales de la ignorancia, nos hemos encontrado, no sin asombro, con que ésta no siempre fue concebida como una desgracia que impidiera la felicidad del ser humano. Efectivamente, el progreso de la Ilustración y la gradual satisfacción de la *libido sciendi* tenían entonces sus detractores, así como sabemos que el Siglo de las Luces tenía, también, su faz oscura. Obsérvese el sutil elogio de la ignorancia que Bernardin de Saint-Pierre desarrollaba extensamente en 1784. Según este autor, la ignorancia estimula la imaginación y hace del mundo una maravilla. «Gracias a mi ignorancia—escribe Saint-Pierre—me dejo llevar por el instinto del alma». Confiesa que en sus excursiones disfruta más del paisaje cuando no sabe absolutamente nada de los castellanos, cuyas propiedades eran, en gran parte, la razón de su celebridad. En resumen, agrega, «me es más útil la ignorancia que el conocimiento de los lugares. No necesito saber si tal o cual bosque pertenece a un abad o a un duque para admirar su majestuosidad. Me bastan sus árboles antiguos, sus profundos claros y sus silenciosas soledades». Contra lo que pensaban los apóstoles de la Ilustración, «la noche nos da una idea más grandiosa del infinito que la claridad del día».[1]

En segundo lugar, inspirado por la teología natural que más adelante volveremos a encontrar, Bernardin de Saint-Pierre dice que la ignorancia favorece la confianza en Dios. «Gracias a mi ignorancia, me dejo llevar por el instinto del

[1] Bernardin de Saint-Pierre, *Études de la nature*, Saint-Étienne, Publications de l'Université de Saint-Étienne, 2007, pp. 463, 464.

www.elboomeran.com

alma». «La ignorancia me arroja más fácilmente en el infinito que la ciencia». Por otro lado, nos ayuda a aplacar las angustias. «¡Cuántos males nos oculta la ignorancia!». En conclusión, la ignorancia, paradójicamente, es «fuente inagotable de placeres».[1]

Esta atracción de lo oscuro se vuelve a encontrar en viajeros cultos del Occidente romántico, más inspirados por su captación del mundo mediante referencias al pasado, incluso a la Antigüedad, que por las que la ciencia contemporánea hubiera podido enseñarles.

El tema que aquí expongo tropieza con multitud de dificultades. La primera deriva de las representaciones actuales del planeta, que percibimos como nuestro. Tenemos para con él una responsabilidad que en el siglo XIX apenas se insinuaba. La conciencia de las amenazas que proliferan en nuestra época, que denominamos *Antropoceno*, corresponde a la idea de un apocalipsis ya no divino, sino humano. Este proceso, que nos aleja de la comprensión de los siglos XVIII y XIX, se ha acelerado enormemente a partir de mediados del siglo pasado. Es indudable que en ninguna otra época se han asimilado individualmente tantos saberes en el curso de una vida humana. Pese a mi ignorancia en materia de ciencia, estoy profundamente convencido de ello e invito a mis contemporáneos a reflexionar sobre esta cuestión.

En mi época de interno en un colegio católico en Flers-de-l'Orne, el lunes, primero de julio de 1946, el superior de la institución, un sacerdote muy viejo a mis ojos, licenciado en Filosofía y que—lo supe más tarde—había asistido a comienzos del siglo a los cursos de Émile Durkheim, abrió la puerta del aula en la que me hallaba y nos dijo que des-

[1] *Ibid.*, p. 463.

www.elboomeran.com

pués del almuerzo se suspenderían las clases e iríamos todos a la capilla a rezar por la Tierra (*sic*). En efecto, según él, los estadounidenses iban a efectuar una explosión atómica infinitamente más poderosa que las que habían destruido Hiroshima y Nagasaki. Uno se preguntaba incluso si esa terrible experiencia no destruiría o al menos devastaría la Tierra. En apretadas filas, accedimos a la capilla y oramos. No hubo ninguna catástrofe.

Si traigo a colación esta anécdota es porque tiene su importancia. Sin saberlo, el superior nos había introducido brutalmente en lo que hoy llamamos *Antropoceno*; en otras palabras, nos hizo tomar conciencia de que el hombre era un terrible peligro para el planeta.

Pero en mi mente nada era sencillo. En aquella institución se imponía silencio en el refectorio. Durante la comida, un alumno de los cursos superiores leía una obra en voz alta. En lo que a mí respecta, escuchaba con atención. Recuerdo que, entre 1946 y 1948, tres de esas lecturas me impresionaron. Para empezar, el viaje que, entre 1824 y 1828, realizó René Caillié en dirección a Tombuctú, en el corazón de un África poco conocida, esclavista, pero no caníbal. La segunda lectura, un tormento para mí, fue la de los cuadernos que se habían encontrado sobre el cadáver del capitán Scott, quien murió trágicamente cuando regresaba de un infructuoso intento de llegar al Polo Sur. Dos años después, la lectura en voz alta recayó en *La isla misteriosa* y yo fui uno de los lectores. En resumen, mientras que el superior nos había introducido en la era antropocena, las lecturas con las que se proponía poblar nuestra imaginación databan de un momento en que la Tierra era mucho más misteriosa y aterradora que la que estudiábamos apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, y a la vez muy distinta. Este desfase se reforzaba en mi mente con la

www.elboomeran.com

apasionada lectura de multitud de novelas de Julio Verne.

A veces me pregunto cómo me figuraría yo el aspecto de la Tierra antes de 1957, esto es, antes del comienzo de la era espacial que llevó a la repetición televisiva de las representaciones del planeta visto desde arriba, tanto de conjunto como en todas sus costuras. Hoy me asombra que tuviera que superar los treinta años de edad para oír hablar de la tectónica de placas y poder explicarme, así, los terremotos.

La extracción de muestras de hielo polar subvierte en nuestros días el conocimiento del pasado de la Tierra, mientras que las nanotecnologías hacen lo propio con la profundidad temporal de los seres humanos que la habitan. En una palabra, el modo en que nos representamos la Tierra, o más bien el *planeta*, está en plena transformación, una transformación que supera con mucho todo lo que repetimos hasta la saciedad acerca del cambio climático, el Antropoceno y sus amenazas a corto plazo.

Estas intuiciones sugieren el interés que puede revestir una historia de las ignorancias, un inventario que detecte las lagunas en cada período histórico, con el fin de conocer mejor a los hombres que en él vivieron.